

llegada dejó el alferoz de ir á manos de franceses; é luego volvió á donde habia dejado al Rey, y estaba con él otro hombre de armas de Granada llamado Diego de Avila, y como viese en tierra al Rey y con tales atavios, fué á él que se le rindiese, y el Rey le dijo quién era, é que ya estaba rendido al emperador, y preguntándole si habia dado gage, dijo que no, y Diego de Avila se lo pidió, y el Rey le dió el estoque que traia bien sangriento y una manopla: é apeándose Diego de Avila trabajaba de le sacar de debajo del caballo. Estando en esto llegó allí otro hombre de armas, gallego de nacion, llamado Pita, el cual ayudó á levantar al rey, y le tomó la insignia de San Miguel que la traia al cuello en una cadena de oro. El rey le ofreció por ella 6,000 ducados; mas no los quiso, sino traerla al emperador. Estando ya el Rey en pie, acudimos allí algunos soldados é arcabuceros, los cuales, no conociéndole, quisieron matarle, no dando crédito á los que le traian; y sin duda no le pudieran salvar la vida si no acudiera por allí Mosiur de la Mota, gran amigo de Borbon, que habia andado con él, y desmandándose hácia aquella parte, vió la contienda que allí tenian. Los que le querian matar alegaban lo que el Marqués habia mandado, no creyendo ser el Rey. Como entendió Mosiur de la Mota que la contienda era por no haber quien le conociese, pidió que se le dejasen ver; é llegado le conoció, é hincadas las rodillas le quiso besar las manos; y el Rey le conoció, é haciéndole levantar le dijo que le rogaba que hiciese como siempre habia hecho. Viendo esto los soldados, se certificaron ser aquel el Rey, y quitándole Diego Dávila el almete por limpiarse el Rey el sudor, se ensangrentó el rostro con sangre que en la una mano traia, é pensaron algunos que estaba herido; pero no fue así. Luego llegamos algunos soldados, é unos le tomaban los penachos é bandereta que en el yelmo traia, é otros le cortaron pedazos del sayo que traia sobre las armas, para memoria: cada uno como podia llevaba su pedazo, de suerte que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró magnánimo, mostrando holgar de todo, y los soldados le daban materia para que riese, diciéndole cosas donosas. En esto, el escuadron de gente de armas, é los esguizaros que con Mosiur de Lango (1) cuñado del Rey, habian rompido nuestra gente italiana, por poco que se quisieron detener á descansar é reposar del mucho trabajo y daño rescebido, como tan presto conocieron la perdicion é desbarato de su gente é ejército, recogiendo la gente que hácia aquella parte huia, tomaron el camino de una buena villa, 18 millas de Pavia (2), donde muchos señores de los franceses tenian su recámara é estaba bien guardada. La otra gente comenzó á huir por diversas partes: algunos pudieron llegar á la puente que Guevara guardaba, é recogidos los mas que pudo, viendo ya venir la gente española que iba en el alcance, cortó la puente é fuese con aquella gente en salvo, la via de Turin, y de allí pasaron en Francia. Otros muchos que no pudieron tomar el camino de la puen-

(1) Era el Alenzon.

(2) Sandoval, hablando de esto mismo, dice que tomaron el camino de Vigenven que es una buena villa, 18 millas de Pavia.

te, se lanzaron en el rio, é como venia grande, se ahogaron. Entre estos fué el escuadron de los esguizaros é frontopinis (1), que salian de la batalla, y tomando la via del rio, no bastaban voces de españoles que tras ellos iban, prometiéndoles buena guerra é asegurándoles las vidas, porque no pereciese tanta multitud. Finalmente, con el gran temor que llevaban se lanzaron los mas en el rio, y to-



El Gran duque de Toscana.

dos se ahogaron, que fueron mas de 6,000 hombres; y otros temblando se venian á poner en manos de los españoles, asidos á los estribos, y asidos unos á otros. Así venian con cada uno cuarenta ó cincuenta rendidos, é con algunos mas de setenta, todos con lágrimas pidiendo misericordia, que era compasion. Los españoles los aseguraban é prometian hacerlo bien con ellos, como cierto lo hicieron. A esta sazón un buen soldado español de caballo, llamado Cristóval

(1) Sandoval dice *Frantopines*.

Cortesía, se topó con el Príncipe de Navarra, é se procuraba poner en salvo: el español, saliéndole al encuentro, hobieron su batalla, é el Príncipe quedó rendido é preso prometiéndole 20,000 ducados por la vida. Alguna otra gente huyó la via de Milan, de los cuales muchos fueron muertos por el villanaje que andaba en cuadrillas de toda la comarca, como lo han de costumbre de perseguir al vencido, y era cosa maravillosa que las propias mujeres de estos se habian juntado allí, é con la batalla andaban despojando los que caian.

»Andando las cosas desta manera, divulgóse la prision del Rey de Francia entre los unos y los otros, lo cual fue causa que muchos caballeros franceses que estaban ya en salvo, ó se pudieran salvar, se volvieron voluntariamente á darse por prisioneros de españoles, prometiéndole grandes rescates, diciendo que nunca Dios quisiese que ellos tornasen á Francia, quedando su Rey preso. Sabido por los señores de nuestro campo, todos caminaron á verle, y el primero que llegó fue el Marqués de Pescara que á la sazón venia de junto á Pavia, con gran gente que consigo llevaba é con algunos que salieron de Pavia, habia hecho huir los italianos que habian quedado sobre Pavia, y de ellos traia muchos presos. Sabiendo, pues, dónde estaba el Rey de Francia, fué allá, y halló con él muchos soldados, y otros eran idos en seguimiento de la vitoria. Estaba allí Musiur de la Mota, y viendo al Marqués, dejó al Rey, y dejándole con él, fué á buscar al Duque de Borbon, por traerle allí. El Marqués, hincadas las rodillas con gran acatamiento, pidió al Rey las manos, é no se las quiso dar; é se las puso sobre los hombros, é le hizo levantar, mostrando holgarse mucho con él, é habló con buen semblante rogándole que mirase lo que con caballeros vencidos se debia, é que los prisioneros fuesen tratados con la piedad que siempre han tenido españoles, como la mejor gente del mundo. Al Marqués le vinieron las lágrimas de oír lo que el Rey decia, siendo tan gran señor, y por no le afligir, las disimuló diciendo: que su Magestad no tuviese pena, certificando que á los españoles les pesaba de las muertes pasadas, é quel haria todo buen tratamiento á los soldados presos, é los ponia en libertad. El Rey mostró agradecimiento. Luego llegó allí el Visorey de Nápoles, y haciendo el acatamiento quel Marqués, fue recibido del Rey con buen semblante, é á todos decia buenas palabras que movian á piedad. Llegó el Marqués del Vasto con el mismo acatamiento, y el señor Alarcon. Viendo el Rey la persona del marqués del Vasto (1), tan señalado en gentileza entre todos, con buen semblante é risa le dijo: «Marqués, yo he deseado mucho veros; pero no quisiera que se me cumpliera así, sino que yo pudiera haceros la honra que merece vuestra persona.» El Marqués le respondió con mucha gracia: «Señor, á Dios gracias por todo, que desta manera bien puedo yo decir que se me cumplió mejor á mi mi deseo, pues veo á vuestra Magestad en poder del Emperador mi Señor.» Lo uno y lo otro dió algun regocijo. A esta sazón vieron llegar allí cerca al Duque de Borbon (2), su estoque en la mano

(1) Hijo del marqués de Pescara.

(2) Príncipe francés, pariente y enemfgo mortal de Francisco I.

muy teñido de sangre francesa, é la camisa que sobre el sayo traia; que bien mostraba no haber estado ocioso. Como el Rey le vió, preguntó quién era, é diciéndoselo, dió dos ó tres pasos atrás retirándose, casi poniéndose á las espaldas del de Pescara, con alguna turbacion. Conociendo esto el Marqués, salió adelante hasta donde estaba el Duque, é con hermosa gracia le dijo que le diese el estoque. El Duque traia la vista del almete levantada, y dijo con gran alegría: «Yo soy contento, señor Marqués, de os dar mi estoque, pues tan justamente os deben hoy los nacidos las armas por vencedor;» y tendiendo la mano se le daba. El Marqués con mucho agradecimiento de la honra que le daba, le suplicó que poniendo el estoque en su lugar, se apease, é con toda mansedumbre é acatamiento hablase al Rey, pues allende del deudo, le obligaba verle en su prision. El Duque dijo que así lo haria: así fué á ponerse de rodillas delante del Rey, é porfió que le diese las manos, é no lo pudiendo acabar, con los ojos llenos de agua dijo: «Gran Sira (1); si mi parecer se hubiera tomado en algunas cosas, ni vuestra Magestad se viera en la presente necesidad, ni la sangre de la casa y nobleza de Francia, anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia.» El Rey con gran turbacion de rostro, alzando los ojos al cielo con un entrañable suspiro, respondió: «Paciencia, pues ventura falta.» Como el Marqués vió la pena que el Rey recibia, hizo á Borbon que se apartase un poco, y con palabras alegres dijo al Rey cuánto convenia á su autoridad no mostrar turbacion, ni pensar que habia otra ventura sino la voluntad de Dios que habia permitido aquel revés, y que le debia dar gracias por le haber traído á poder del mas benigno príncipe del mundo. El Rey se lo agradeció, respondió (2) alegremente. Diéronle allí un chapeo del Visorey. Así armado en blanco, salvo las manos é la cabeza, subió en un cuártago sin espuelas, é mueven todos aquellos príncipes con él hácia Pavia, las banderas españolas tendidas, recogiendo alguna gente, porque mucha de ella iba siguiendo el alcance, é vinieron por mandado del Marqués por donde el Rey los pudiese ver, é muéstranle el escudron de los tudescos que todavía estaban juntos; é pasando cabo los españoles, le hicieron una muy hermosa salva.

»Allí pasaron cosas de reír. Unos le decian: «Ea, señor: que en semejantes toques se muestra el valor de los príncipes.» Otros «que podia estar seguro que él seria mejor tratado en poder del Emperador, que lo fuera el Emperador en el suyo.» Otros «que pensase verse preso de la mejor gente del mundo, é que todo lo habia de dar por bien empleado.» El Rey se reia de todo esto, y preguntaba lo que querian decir, lo cual le declaraba Mosiur de la Mota que allí venia. En esto llegó á él un arcabucero español, llamado Roldan, y bien se le podia llamar por su esfuerzo: traía dos pelotas de plata é una de oro en la mano, y llegado á él le dijo: «Sepa vuestra Alteza que ayer, sabiendo que se daría la batalla, hice seis pelotas de plata é una de oro para mi arcabuz; las de plata para unos musiures,

(1) Sire.

(2) Tal vez: é respondió.

y la de oro para vos: creo que empleé las cuatro sin otras muchas de plomo que tiré á gente comun: no topé mas musiuers, y por esto sobraron dos: la de oro véisla aquí, y agradecedme la voluntad de os dar la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Y pues codicia de oro os puso en este peligro, yo quisiera hartaros de una vez para toda vuestra vida; mas pues Dios no quiero que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados que es una onza pesa.» El Rey tendió la mano y tomola, y dijo que le agradecia el deseo que habia tenido y mas el darle la pelota. Esto fue muy reido.

»Todavía se iban acercando á la cibdad, é á la continua topaban caballeros franceses en poder de españoles, que ellos holgaban ser vistos de su Rey, y él los saludaba alegremente, diciéndoles por gracia que pensasen de aprender la lengua española, y que pagasen bien los maestros, que haria mucho al caso; y siempre encomendaba á los señores que hiciesen que los que los llevaban los tratasen bien. Desta manera llegaron cerca de Pavía, y viendo el Rey la puerta, detuvo el cuártago con alguna turbacion. . . . . »

(Hasta aquí el soldado de entonces: lo demás me lo ha contado el sacristan de ahora.)—Prosiguen mis apuntes.

.....Recordando todas estas cosas, espero á que mi reloj marque las doce; salgo del parque; despierto al cocheró; subo al cabrióle y seguimos adelante hácia Milan.

Hace calor. El último sol de octubre se despide de la tierra enviándole todo el fuego, todo el amor, toda la vida que aun pueden derramar sus rayos.

La naturaleza, próxima ya á la muerte, y presintiendo quizás, está sumergida en una somnolencia estática, semejante á la felicidad melancólica que experimenta una hermosa y enamorada tísica el último dia que se levanta... ¡el último dia que ve la luz y el cielo, sentada cerca de un balcon, en frente de un jardin que principia á perder sus hojas!...

Duerme sosegado el aire... Zumban aun algunos insectos sobre las flores postrimeras del otoño... Los pájaros se disponen á abandonar los árboles en que han pasado tantos meses de amor y de ventura... El agua devuelve al cielo su plácida sonrisa...—El cocheró, poseido, como toda la creacion, del misterioso encanto de esta hora, ha vuelto á dormirse sobre el pescante...—Los mismos caballos trotan jubilosa y acompasadamente, sin que nadie los ostigue, cual si fuese en ellos voluntario, y hasta les causase cierto placer, el recorrer estos campos en un dia como el de hoy...—¡Inolvidables momentos!

La llanura se pierde de vista por todos lados, sin que se descubra en ella alma viviente; ni un pastor, ni un viajero, ni un campesino... ¡Nadie!—Y como el cocheró duerme, y los caballos parecen dos máquinas, y hay tanta quietud en cielo y tierra, y todo se diria sumergido en un parasismo magnético, mi soledad es absoluta, mi aislamiento completo; mi constante meditacion, la única conciencia de la vida universal.

A veces creo que viajo por el aire. El coche, los caballos y el cocheró pare-

cen hechos de una sola pieza de materia inerte, impelida por un poder fantástico.

El camino sigue leguas y leguas entre dos solitarias filas de árboles...

Paralelamente con él, dilátase á la izquierda el canal de que ya hemos hablado, cuyas aguas ponen en comunicacion al Pó y á Pavía, con Milan y con los lagos Mayor y de Como.

Esa era la antigua grande arteria del comercio lombardo.

Allá, muy lejos, descubro los Alpes, mudos testigos, vigilantes eternos, que nunca dejan de ver, por mucho que se aparte de ellos, al que recorre los estensos territorios de la Alta Italia.

Pero ¿qué otra montaña es aquella que distingo á seis ó siete leguas de distancia, sola en mitad de la llanura, y en cuya masa cuadrada reverbera á veces la luz del sol como en un colosal espejo?

Yo no os perdonaria que no hubiéseis leído la mejor novela que ha visto la luz pública despues de nuestro QUIJOTE. Yo quiero creer que todos conoceis la obra inmortal de Manzoni, Y PROMESI SPOSI, á cuyo lado palidecen las mágicas resurrecciones de Walter-Scott, y dejan de ser tan singulares y milagrosos los estudios de Balzac.

Pues si habeis leído ese libro, recordareis que el pobre *Renzo*, el noble y sencillo amante de *Lucía*, el héroe por fuerza de aquella célebre asonada, que se deja muy atrás la descrita por Victor-Hugo en *Notre Dame de París*, hizo un viaje de Monza á Milan, en donde nunca habia estado ni conocia á nadie; y que al llegar á cierto punto de esta misma llanura, aunque por otro lado de ella, vió á lo lejos *quella gran macchina del duomo*, que se elevaba sola sobre el llano, como si en vez de surgir de en medio de una ciudad, se levantase en un desierto; y recordareis tambien que el jóven campesino, olvidando todas sus penas, se *empinó sobre la punta de los pies*... (¡oh Manzoni!) para ver mejor, aunque á tal distancia, aquella octava maravilla de que tanto habia oido hablar desde muchacho!

Y bien: lo que yo veo ahora es lo mismo que vió Renzo hace doscientos cincuenta años; ¡la *gran macchina del duomo*; la *catedral de Milan*!

Tambien yo he oido hablar de ella desde niño: tambien la ví en mis primeros años en aquellas *catalinetas* que hoy se llaman *cosmoramas*: tambien me he puesto de pie en el coche, como si de este modo hubiera de ver mejor lo que pasa en este pais por octava maravilla, como entre nosotros el Escorial; tambien me asombra á mí aquel enorme edificio, que brota de la llanura como se destaca una isla sobre la superficie del Océano.—El resto de la ciudad no se descubre todavía.

A mitad de camino pasamos por *Binasco*, donde el cocheró despierta y cambia de caballos, en tanto que yo veo el antiguo castillo, restaurado últimamente, en que Felipe Maria Visconti dió tormento y decapitó á su mujer, la bella y virtuosa *Beatrice di Tenda*, por celos infundados, ó por ferocidad natural de aquel hijo y nieto de asesinos.

Y no digo mas acerca de este asunto; pues supongo que lo habeis sentido y llorado con toda el alma al dulce son de las melodías de Bellini.

¡Solo os advertiré (pues esto no consta en la ópera) que si Felipe María Visconti mató á su mujer, su hermano, Juan María Visconti, mató á su madre!...

¿Qué os parecen los hijos de Galeazzo, del fundador de la catedral de Milan y de la Cartuja de Pavía?

Estamos en marcha...

El cochero canta para no dormirse; y canta una balada tirolesa, tan espresiva y tierna como toda la música de montaña.

Estos caballos son mas bulliciosos que los del tiro anterior.

En el camino se empieza á ver alguna gente. Por una parte nos alcanza el correo de Pavía: por la otra se cruzan con nosotros varias sillas de posta.—Todo ha cambiado en el viaje.

Ya no es solamente *il Duomo* lo que se descubre de Milan, sino una multitud de torres, cúpulas y campanarios...

Un vientecillo fresco y aromoso menea mansamente los altos árboles que se cruzan á veces sobre la carretera.

Del canal que siempre nos acompaña, se desprenden mil ramales que esparcen el riego por toda la llanura...

Démos un adios á la soledad y á la tristeza.

Ya principian las casas de campo ó sea las *avanzadas* de Milan... —El suelo es cada vez mas fértil.—Los olivares y los bosques de morales y moreras se pierden de vista por todos lados.—La capital, que se veía desde tan lejos, no se distingue ahora que la tenemos tan cerca... pero en cambio se oye su vago y *remistente* murmullo.

Estas casas y estos huertos que vemos á los lados del camino, constituyen ya un barrio de Milan.—Hé aquí la muralla... Hé aquí la puerta... (*Porta Ticinese*).—Pasamos la verja de hierro que sirve de entrada;—luego bajo un arco de triunfo, sustentado por cuatro columnas de granito;—después sobre un gran canal...

Esto es hecho: estoy en la capital de la Lombardía.

Son las cuatro de la tarde.

## II.

Un paseo por las calles de Milan.—Estética recreativa.—Primera visita á la catedral.—*Guillermo Tell* en el *Teatro de la Scala*.—Recuerdos históricos.

—¿A qué hotel vamos, señor? me pregunta el cochero, parándose en la encrucijada de tres calles.

—Al que esté mas cerca de la catedral, con tal de que sea bueno.

—Entonces iremos al *Hotel de la Ville*, que se halla situado á pocos pasos del *Duomo* y en la mejor calle de Milan: en el *corso Francesco*

—Vamos andando; pero no muy deprisa.

El coche toma por la calle de en medio.

El primer aspecto de Milan, al menos por este lado, recuerda en cierto modo á Sevilla.—Las casas son grandes, y entre una y otra se ven á veces magníficos jardines. Las calles, limpias, bien empedradas, pero estrechas y torcidas, buscan indecisamente un centro. La ciudad es completamente llana. Hermosas tiendas de comercio alternan con los amplios y vacíos portales de los palacios. A veces asoman corpulentos árboles por encima de las tapias de los huertos, y prestan sombra, olor y frescura á la calle contigua. El ornato y color de las fachadas son por lo general alegres y graciosos. No hay, en fin, rincón ni esplanada, calle ni plazuela, donde no se encuentren abundantes puestos de flores.

Pasamos sobre otro canal que marca el recinto de la ciudad antigua.

Aquí ya el movimiento y la vida de la población son extraordinarios. Miles de carruajes, muchos de ellos elegantísimos, discurren en todas direcciones. La gente *comm'il faut* se dirige á paseo en carretelas descubiertas, en lindas *victorias*, en *americanas* y en otros vehículos á la moda. Los coches de alquiler conducen á la clase media y á los hombres de negocios. Los ómnibus llevan de una parte á otra falanges enteras de ciudadanos de todas clases.

Desde luego llama mi atención la singular hermosura de los milaneses de ambos sexos.

Yo he oído tachar á estas bellezas, sobre todo á las femeninas, de demasiado fuertes, de muy huesudas y pesadas, y reconozco que algo habrá de cierto en esto cuando se las contemple de cerca. Pero vistas así, á distancia, las hijas de Milan son lo que se llama en nuestra tierra muy buenas mozas.

Su noble estatura; sus amplias proporciones; su altiva cabeza; su despejado y tranquilo rostro, blanco, lleno y descolorido, en que se destacan briosamente las dobles trenzas de su pelo, negras y relucientes como sus ojos; su misma quietud, su misma pesantez marmorea, les dan un aire grandioso, monumental, estatuario, que si carece de la esquisita insinuación de la gracia, inspira en cambio un sentimiento muy parecido al culto, y no sé qué temeraria ambición, semejante á la que nos hace desear subir á la escelsa cumbre de los montes.

Porque no hay que olvidarlo: la mujer es la musa, la inspiradora, el modelo ideal de todas las artes, como el hombre es la suma y clave de todas las ciencias.—Ya digimos que en el entendimiento del hombre está condensada y oculta, inexplorada y latente la sabiduría infinita: pues asimismo, en la belleza de la mujer reside la pauta misteriosa, la ley estética de todo lo que es y puede ser hermoso en la madre naturaleza y en las imaginaciones del hombre.—Hay, por consiguiente, mujer-poesía, mujer-pintura, mujer-escultura, mujer-arquitectura y mujer música.—Y hasta hay mujer-oficio, mujer-industria y mujer-comercio!—Pero estas últimas son aberraciones monstruosas, como las culti-latiní-parlas, las amazonas, las vestales y las feas.

En cuanto á las primeras que he citado, y permitidme la digresión, en cuanto á los cinco tipos eternos de las artes, ya comprendereis que no deben confun-